

El Amaru

Semidiós del agua

Danilo Sánchez Lihón



COLECCIÓN BULEVAR DE LA LECTURA INFANTIL, 7

El Amaru. Semidiós del agua
Primera edición, mayo de 2025

© Ministerio de Educación
Programa Educación Básica Para Todos
para su sello Casa de la Literatura Peruana
Jirón Áncash 207, Centro Histórico de Lima
Lima 1, Perú
www.casadelaliteratura.gob.pe

Texto: Danilo Sánchez Lihón
Ilustraciones: Rosamar Corcuera

Edición: Rony Puchuri y Sara Galindo
Cuidado de edición: Sara Galindo y Paulo Peña
Diagramación: Jenny La Fuente

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2026-01534

Esta edición es gratuita y su uso es de libre circulación.
Está prohibida su comercialización.

El Amaru

Semidiós del agua

DANILO SÁNCHEZ LIHÓN

Ilustraciones de Rosamar Corcuera

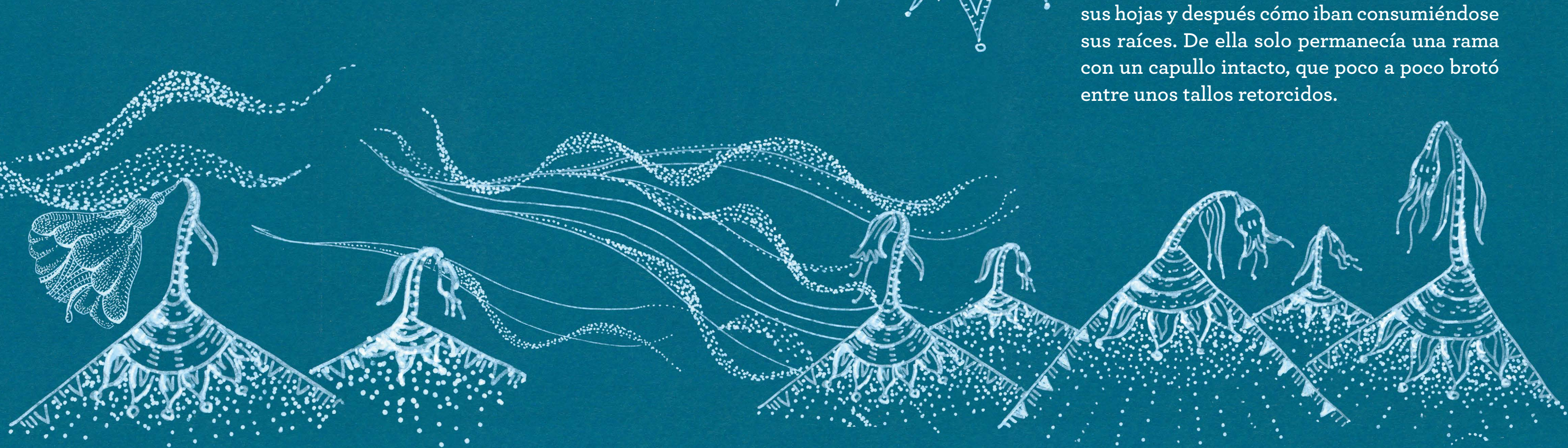
CASA DE LA LITERATURA PERUANA	COLECCIÓN BULEVAR DE LA LECTURA INFANTIL
-------------------------------------	--

Hace mucho tiempo, sobre la tierra se abatió una gran sequía. Como si todo estuviera condenado a desaparecer, no quedaba ya ni rastro del *ichu* que crece en los altos pajonales. Perekieron plantas y yerbas de colinas y bajíos, y hasta los líquenes y musgos que se entretejen en las piedras se extinguieron bajo el sol implacable.

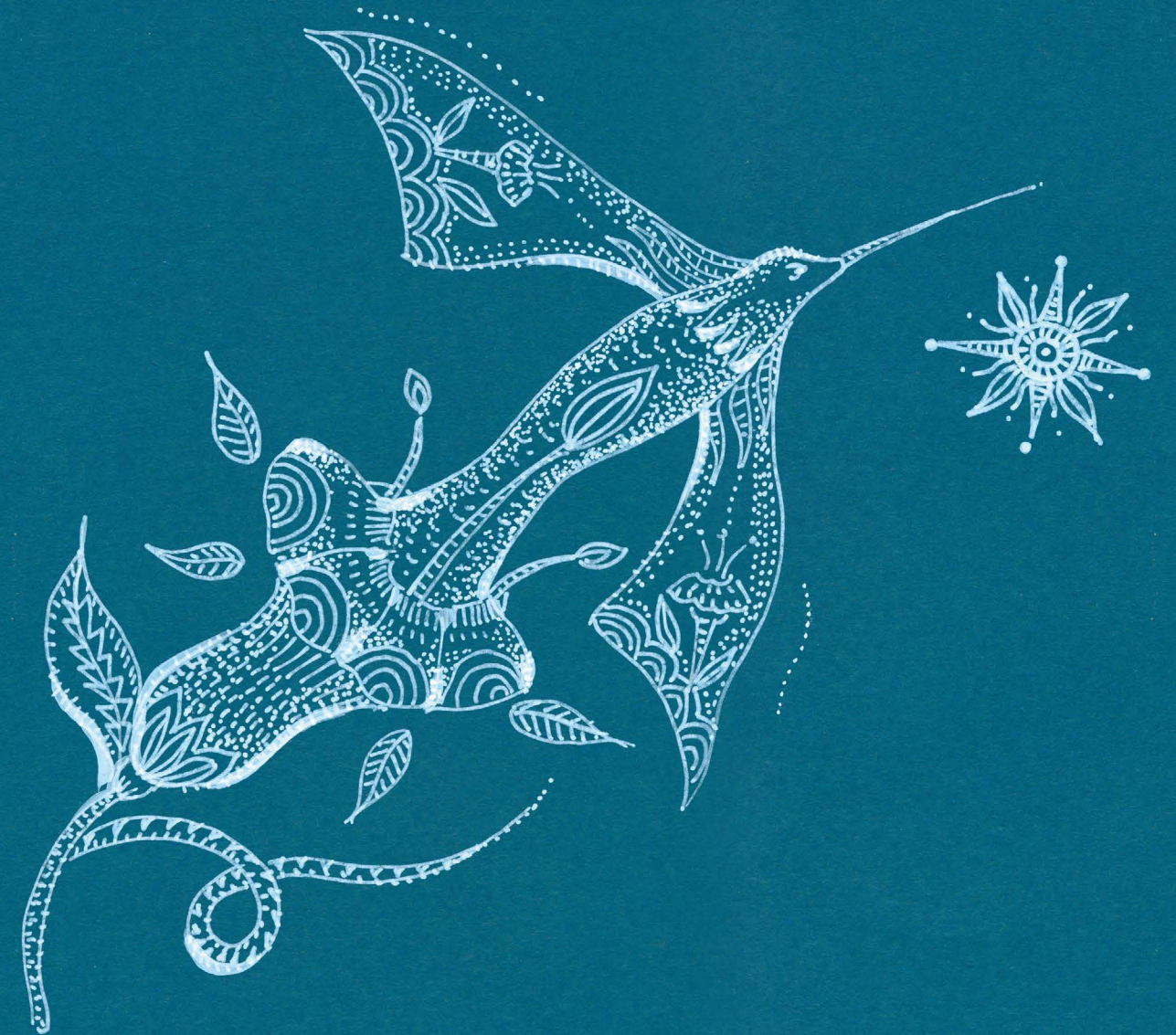


Los campos se cuarteaban de sed. En el lecho de antiguos ríos y estanques se abrían grietas y extendían llanuras polvorientas. Las piedras se caldeaban sin árboles que les dieran sombra. Sobre la tierra parda, de guijarros menudos y cortantes, silbaba el viento.

Aún la flor de *qantu*, la única que resiste y florece en la aridez y el estío, sintió cómo se marchitaban sus pétalos, luego sus hojas y después cómo iban consumiéndose sus raíces. De ella solo permanecía una rama con un capullo intacto, que poco a poco brotó entre unos tallos retorcidos.

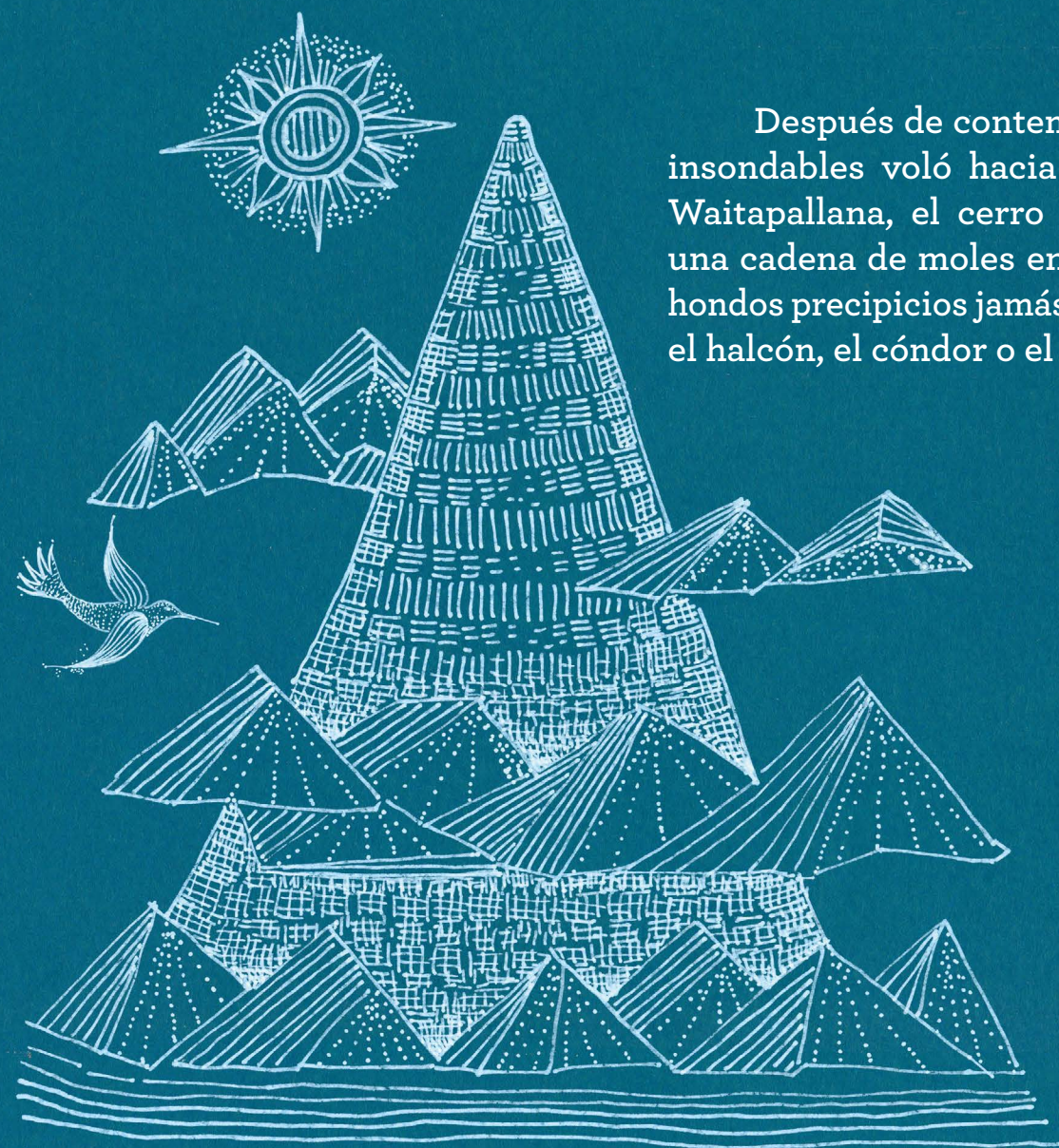


Al abrirse en flor, giró a lo lejos la montaña sagrada y, resistiéndose a morir, fue transformando sus pétalos en alas, su corola en pecho, las espigas de su tallo en plumas cordales y, del estambre amarillo-azul-rojo, sobresalió la fina cabeza de un picaflor que, agitándose, se desprendió dificultosamente de la planta que irremediablemente quedó calcinada.





Un breve instante revoloteó en el aire caliente y convirtiendo su debilidad en fuerza enrumbo hacia lo alto en dirección a la cordillera. Llegó hasta el borde de la laguna de Wacracocha; que estaba incrustada en la roca más dura, y la bordeó sin atreverse a beber, ni siquiera a sobrevolar sus aguas, que se extendían quietas en un cuenco plateado.



Después de contemplar sus aguas insondables voló hacia la cumbre del Waitapallana, el cerro más alto entre una cadena de moles encrespadas y de hondos precipicios jamás alcanzados por el halcón, el cóndor o el águila.

Casi exhausto, el picaflor se posó en su cima helada por el viento.

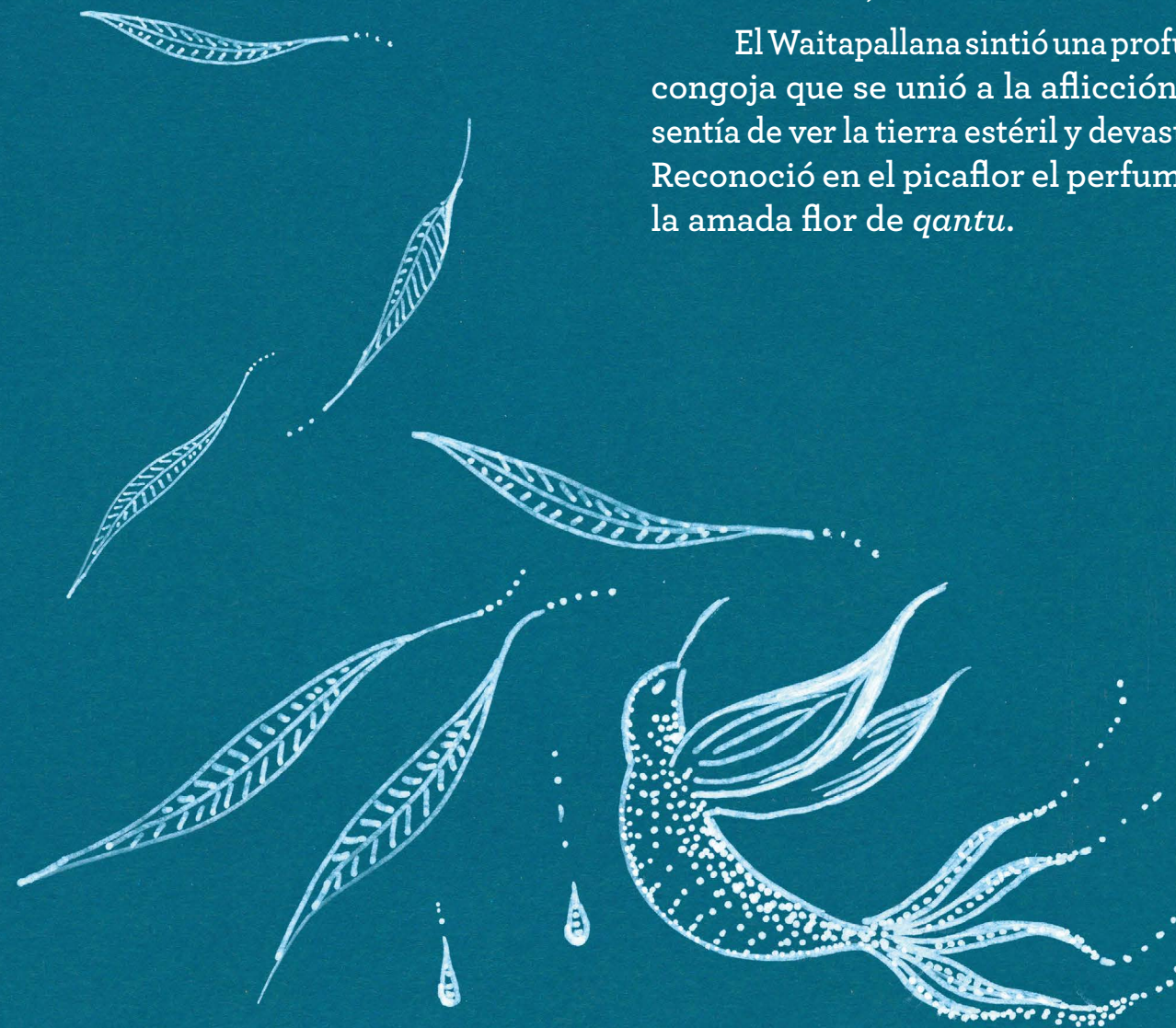
Con el corazón sangrante y con el aliento final que aún le quedaba, suplicó a la montaña:

—Padre Waitapallana. A ti te adoramos y a ti te pedimos, porque en tu entraña hemos sido engendrados. ¡Escúchanos! ¡Por la tierra siente ternura! Apíadate y sálvanos de la sequía.

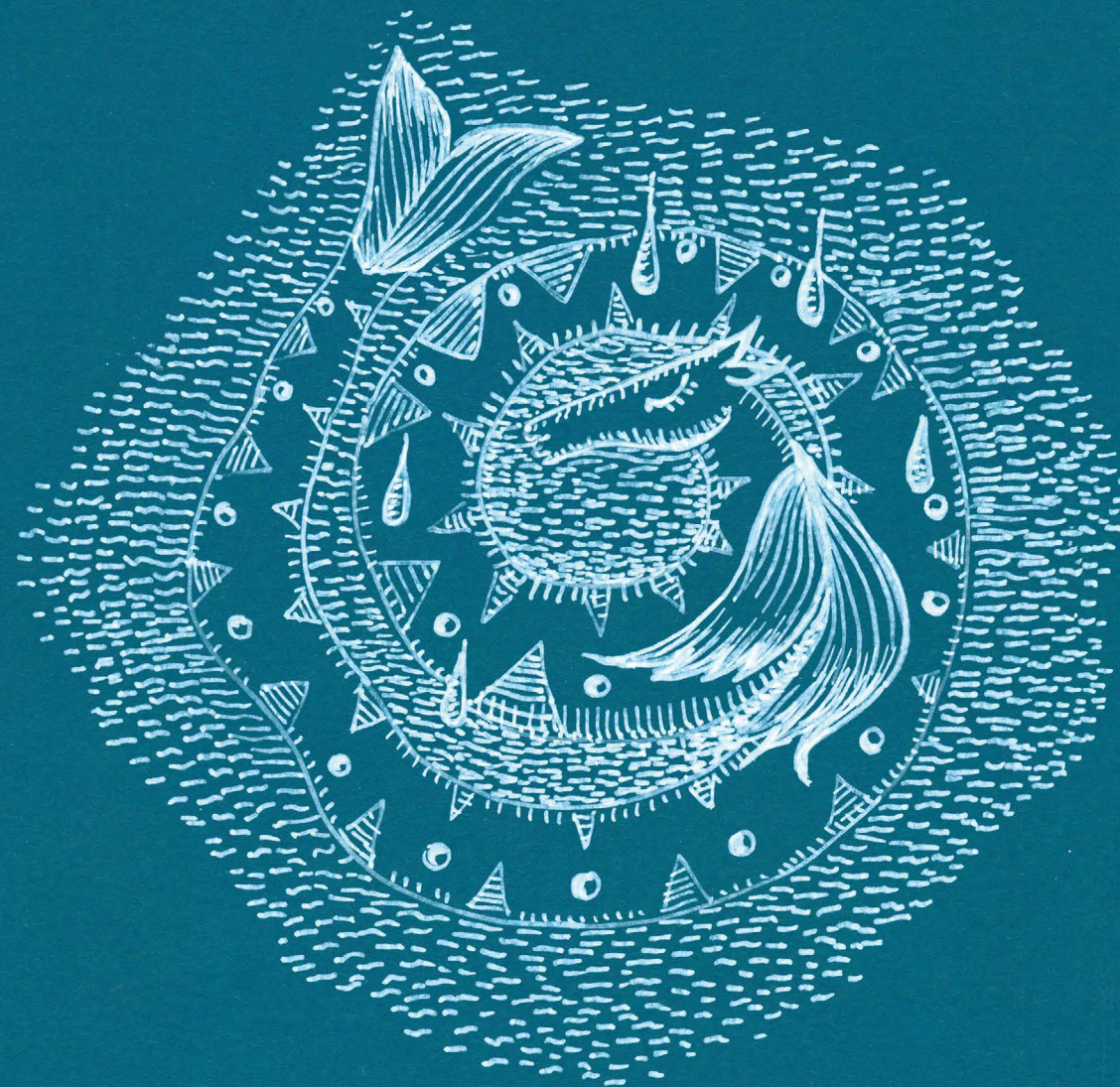


Dicho esto se desplomó y un haz de plumas quedaron esparcidas en la roca intocada, manchándose de rojo.

El Waitapallana sintió una profunda congoja que se unió a la aflicción que sentía de ver la tierra estéril y devastada. Reconoció en el picaflor el perfume de la amada flor de *qantu*.



Tanto fue su dolor y tan hondos sus latidos que dos lágrimas de durísima roca resbalaron por sus mejillas y, cayendo desde lo alto por sus hondos precipicios, llegaron hasta las aguas del Wacracochoa, que se abrieron haciendo retumbar el universo.



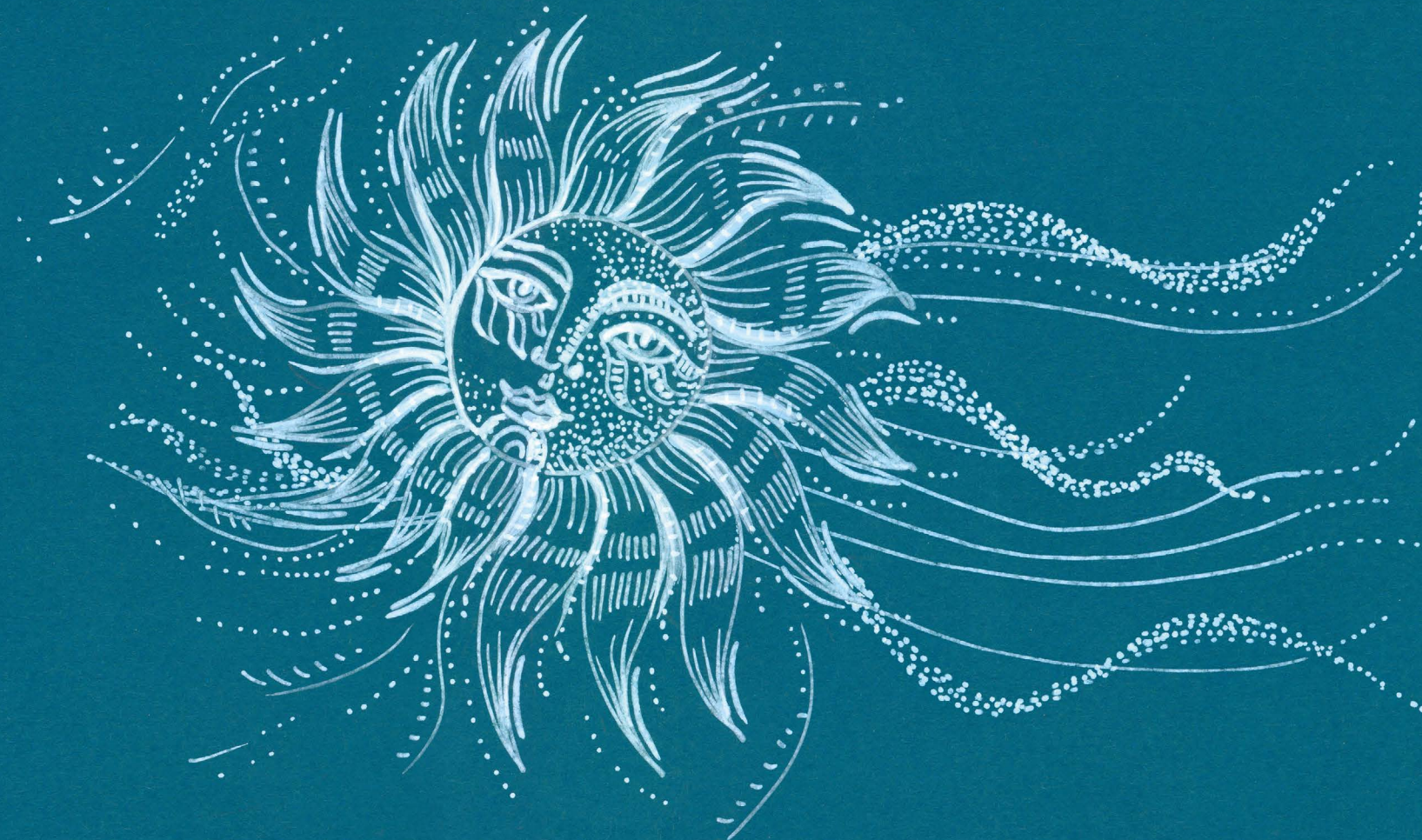
El estruendo, la congoja y las lágrimas del Waitapallana llegaron hasta el fondo del lago y despertaron al poderoso Amaru, que duerme enroscado en las profundidades, a lo largo de la cordillera, y cuya cabeza descansa en el lecho de la laguna encantada.

Lentamente se desperezó. La tierra se movió con violencia. Caían los cerros envueltos en polvo. Rodaban las peñas con un ruido bronco. El Amaru deslizó suavemente su cabeza, mientras se desenroscaba.

Al principio solo un leve temblor se percibió en la superficie del lago, luego un bamboleo en las orillas translúcidas y pronto un oleaje crecido que estremeció la montaña, alzándose después una turbulencia de espumas y agua agitadas.

Por el centro del lago apareció el divino Amaru, serpiente alada con cabeza de llama y cola de pez sin tiempo, de ojos cristalinos y de un fulgor transparente, de hocico rojizo y párpados perfectos, con dos breves alas que se mueven a lo largo de su cuerpo.





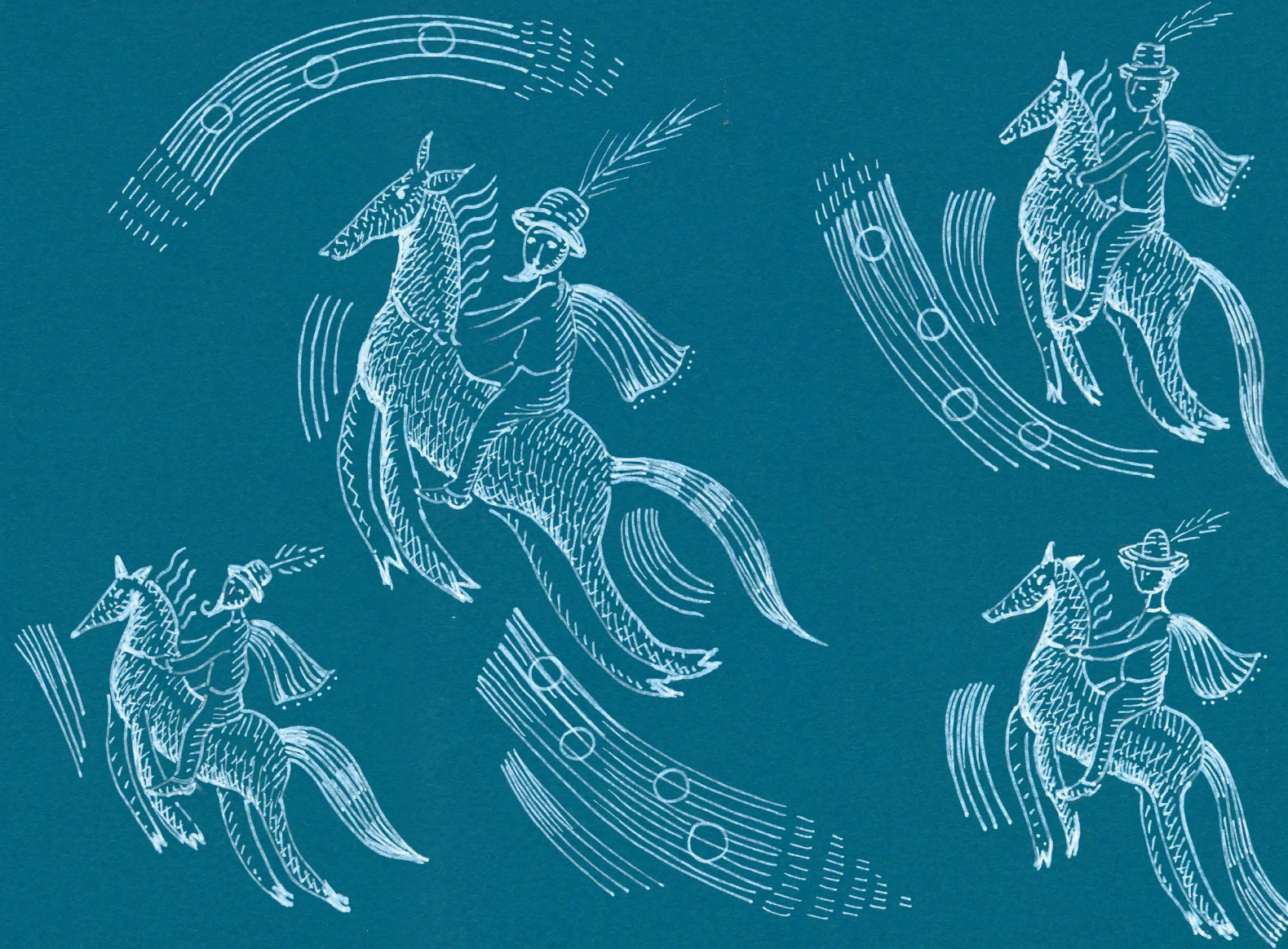
Hundió y levantó la cabeza de lana blanca y bermeja que cubre su cuello, su frente y sus orejas, y paseó su mirada inocente en un extraño encuentro entre el día de afuera y la noche de adentro.

Con sinuosos movimientos se elevó en el aire ondulando estruendosamente su cuerpo.

El sol, al verlo, se turba; reverberan confusos sus rayos en el espacio sideral. El amarillo de su faz inclemente se vuelve violeta-granate-negro. Su cabeza de fuego y sus ojos flameantes estallan de ira.

Y diez mil rubicundos guerreros de mentones con barbas plateadas, ataviados de yelmos, corazas y espuelas, cabalgando en corceles briosos, se lanzan a combatirlo.

El Amaru al verlos sale a su encuentro elevándose imponente y moviendo la cola acomete desorganizando los haces de fuego. Un remolino de espanto los envuelve cubriendo la bóveda del cielo.



Una andanada de rayos, un estallido de escudos y lanzas que se quiebran.
Se observan fulgores y se escuchan estrépitos.

El Amaru ondula su cuerpo ágil en el viento. ¡La lucha es feroz e incierta!



Del hocico agitado del Ámaru se desprende la niebla que se enreda en las cumbres de los cerros y se deshilacha entre las peñas. Del movimiento de sus alas se precipitan las lluvias que van cayendo gota a gota y luego en torrentes.



De su cola de pez se desgaja el granizo en bolas redondas y transparentes que golpetean y resbalan por las laderas. Fuegos dorados y brillos de plata desprende su cuerpo ardoroso, y del reflejo que deja nace el lento arcoíris.



Así nos narran nuestros antepasados. Y nos advierten que en las escamas relumbrantes del Amaru están inscritos todos los signos, los asuntos y paisajes. Allí están presentidos todos los destinos, el diminuto rocío y las cataratas impetuosas. Allí están todas las letras, todos los números y todas las claves: las canastas llenas o vacías, como ataúdes lentos. En ellas están trazados todos los caminos, como erigidas y borradas todas las ciudades; habitan todos los pálpitos y todos los desatinos. De allí nacen realidades y sueños.

Así vuelve a correr el agua cuando la vida parece extinguida. Cae la lluvia y alumbran los ojos de los manantiales. Reverdece la yerba y son llenadas las quebradas, los arroyos y puquiales. Se suavizan las praderas y se llenan los cauces de los ríos.

Una terrible sequía ha asolado la tierra. Cuando se abrieron las grietas en los estanques y las plantas se marchitaron, la última flor de *qantu* se transformó en un picaflor. Ante tal destrucción, el picaflor emprendió su travesía a la cumbre del Waitapallana. ¿Escuchará el Waitapallana el pedido del picaflor? ¿Quién podrá traer la lluvia y acabar con el sol implacable?

En este cuento, Danilo Sánchez Lihón recrea la historia del Amaru, una criatura mítica de la cultura andina que habita en los lagos y en los montes. Su trabajo e interés por los mitos y leyendas del Perú lo llevó a escribir *El Amaru. Semidiós del agua*, publicado en 1998.

Bulevar de la Lectura Infantil

CASA DE LA LITERATURA PERUANA



PERÚ

Ministerio
de Educación



**¡EL PERÚ A TODA
MÁQUINA!**